

LA MUERTE DE JUDAS

SONETO

Al divino Maestro, traidor fuiste
y por treinta dineros lo entregaste;
mas tu horrible traición caro pagaste
con la muerte horrorosa que te diste.

De tu acción criminal te arrepentiste
y de obtener perdón desconfiaste
pues de Dios bondadoso te olvidaste
y al diablo tu postrer plegaria hiciste.

Satanás te escuchó con alegría
y a tu lado el espíritu del mal
voló para gozarse en tu agonía.

Una risa sarcástica, infernal,
sus fauces espantosas contraía
al ver tu cuerpo en convulsión mortal.

G. M.

CONSUMATUM EST

El cielo plomizo dá a los objetos un tinte sombrío: el ambiente es frío como hálito de muerte y la lluvia finísima, que apenas si se vé caer, pero que vá quedando en la hojarasca del monte como gotas de rocío, ennegrece los caminos y encharca la vereda.

El ronco bramar del viento a lo lejos suena cavernoso de vez en cuando, como el retumbar de un trueno, y es el único rumor que turba el lúgubre silencio en la montaña.

En vano el sol lucha por romper el sudario ceniciento que lo cubre, y sólo logra un momento transparentarse bajo aquél, pero no rutilante ni esplendente como globo de fuego, sino amarillento como un cadáver, como débil lucecilla velada por la niebla.

A lo alto del monte, llevado como en jirones por la niebla, llega extraño vocerío y el eco lejano de alguna trompeta; y la lluvia sigue cayendo monótona, enlodando el camino que a la ciudad conduce.

Las voces ya se hacen más distintas, y algo parecido a un clamoreo se mezcla con el ruido que producen chocar de hierros y pisadas de caballos. Sí; ya avanza por la pendiente abigarrado conjunto de soldados y hombres. No brillan al sol sus armaduras ni el color de las túnicas es alegre; en medio del ruido que producen el andar y chapotear sobre el lodo y las imprecaciones soeces y las torpes blasfemias, aquél séquito tiene más de entierro que de fiesta, e inútilmente

quieren disimularlo con sus siniestras carcajadas aquellos miserables.

Un hombre, pálida la tez, ensangrentado el rostro, rotas sus vestiduras y desgarrados sus piés, marcha entre ellos llevando sobre sus hombros el pesado madero, emblema seguro del suplicio a que se le condena.

El lúgubre cortejo avanza y la lluvia sigue cayendo y enlodando la tierra.

Ya están en la cumbre.

Las cornetas destempladas y chillonas suenan; la soldadesca ríe en corros. En uno de ellos se juega la túnica del reo a los dados.

Dos hombres clavan, el viento silba, el cielo se oscurece, todo llora.

Todo menos aquellos miserables que se disputan los despojos del condenado a la afrentosa muerte.

Hay un momento en que aquella multitud se mueve y queda silenciosa; es que el pesado madero, llevando clavado fuertemente un cuerpo, se eleva.

Ya está: la cruz con sus grandes brazos abiertos, destácase con fuerza sobre el cielo gris.

Los legionarios desfilan silenciosos, y a lo léjos sólo se oyen el chocar de los hierros de sus armaduras.

En el monte no quedan más que algunos soldados y algunos discípulos del Crucificado. Su madre aún no ha llegado; pero el momento sublime se aproxima, y el cielo se ennegrece, la tempestad brama y el viento ruge.

¡Qué amargura! Mañana cuando el sol trate inútilmente de volver a iluminar el Calvario, las profecías se habrán cumplido y el Hijo Divino de María, envolviendo todo el universo en una mirada de amor y de ternura, habrá exclamado: ¡Consumatum est!

C.

Este número se publica
con la censura militar

EL TONTO DE MI LUGAR

CUENTO

A don Blás Calabazota
alcalde de Santa Ana,
le robó el tonto *Patán*
unas cepas con su albarda.

De mil modos se intentó
el que *Patán* confesara
su delito, pues mil veces
el tonto se llamó *andana*.